

Mamá

Soy de sueño pesado. Tengo que decirme a mí misma que me despierte cada mañana. *¡Despierta, Rut! ¡Desperézate!* Me levanto y ayudo a mamá a hacer lo mismo. Pobre mamá, ya no es lo que era. Me pongo mi vestido de flores favorito y me maquillo. Labios y mejillas de rosa, párpados azules para un toque especial. Me doy un último repaso rápido en el espejo. Estoy muy guapa. A la hora de comer, lo tengo todo listo para mamá y para mí. Tengo que darle de comer yo misma. Ya no habla mucho, pero no pasa nada. Yo hablo mucho con ella. Dicen que ayuda con estas cosas. Nos parecemos mucho. A veces me pregunto si acabaré igual que ella. Por la noche, la ayudo a meterse en la cama y la arropo bien metidita. Le gusta que le cante nuestra canción. Le doy un besito de buenas noches para que tenga dulces sueños.

En retrospectiva, probablemente debería haber comprado una casa más cercana a la civilización. Déjame decirte, las experiencias extracorpóreas no son ni por asomo tan poéticas como pintan todas esas célebres memorias. Lo que sí son es muy esclarecedoras. Verte gris e inerte en el suelo de tu habitación con anillos rojizos alrededor de tu cuello no merece, en absoluto, el extenso jardín trasero. Me llevó un tiempo asimilar la idea de la muerte. No es un cálido manto de luz que viene a llevarte a un lugar mejor. No, es gritar hasta dejarte desgarrada la garganta que ya no tienes para intentar despertar de este sueño enfermizo. “¡Despierta, Rut! ¡Abre los ojos! ¡Venga!” Ahórratelo y acéptalo.

Ahora, ¿lo peor de ser *asesinada*? Puede que sea tener que ver a tu verdugo jugar a las muñecas con tu cuerpo sin poder intervenir. Nunca había visto al mío antes de que me siguiera a casa aquella noche. Se pone mis vestidos y se unta mi pintalabios, enmarcado por una barba incipiente, espolvoreándose los párpados de un azul estridente y sus mejillas de fucsia. Se pasa un rato dando vueltas frente al espejo. Prepara la comida y embute mi boca colgante de una bazofia mal hecha. Me arropa por las noches con un último “buenas noches, mamá”, antes de clavar un beso húmedo en mi fría mejilla y reposar su cabeza sobre mi rígido pecho, solo para repetir la rutina una y otra vez.